

Guardianas de lo común: formas comunitarias de sostener la vida en el sur de Mérida

Guardians of the commons: community-based approaches to sustaining life in southern Mérida

Araceli Dennise DÍAZ PEDROZA*¹ 

Resumen: El presente artículo analiza la organización comunitaria del cuidado en el sur de Mérida, Yucatán, desde una perspectiva feminista, con el objetivo de problematizar cómo se reproduce la vida cotidiana en contextos donde los arreglos estatales, familiares y de mercado resultan insuficientes. A partir de un enfoque cualitativo que articula observación participante y entrevistas a profundidad con mujeres adultas y mayores, se reconstruyen experiencias situadas que permiten comprender las prácticas, relaciones y sentidos que estructuran el cuidado en la proximidad barrial. Los hallazgos muestran un entramado comunitario que se activa mediante la circulación continua de transferencias materiales, instrumentales, emocionales y cognitivas entre vecinas, enlazando recursos, saberes y afectos en flujos relacionales persistentes. Estas transferencias no solo garantizan la continuidad de la vida cotidiana, sino que producen y densifican vínculos. En este proceso, emergen formas de parentesco no consanguíneo que amplían los márgenes de lo familiar, instituyen obligaciones mutuas y reconfiguran la pertenencia desde el hacer compartido. Se concluye que el cuidado comunitario constituye una forma de organización social que desborda categorías analíticas convencionales y posiciona lo común como clave para comprender la articulación entre cuidado, vínculo y reproducción social en contextos de desigualdad.

Palabras clave: cuidados comunitarios, transferencias, mujeres, vínculos comunitarios

Abstract: This article analyzes the community organization of care in southern Mérida, Yucatán, from a feminist perspective, with the aim of examining how daily

¹ Escuela Nacional de Protección Civil ENAPROC

Recibido: 4 de mayo 2026/ Aceptado: 19 de mayo 2026



LICENCIA:

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-No Comercial 4.0 Internacional

DOI: <https://doi.org/10.32776/pnsmmh65>

life is sustained in contexts where state, family, and market arrangements prove insufficient. Using a qualitative approach that combines participant observation and in-depth interviews with adult and older women, the study reconstructs situated experiences that shed light on the practices, relationships, and meanings that structure care within the neighborhood. The findings reveal a community network activated by the continuous circulation of material, instrumental, emotional, and cognitive exchanges among neighbors, linking resources, knowledge, and affections in persistent relational flows. These exchanges not only ensure the continuity of daily life but also produce and strengthen bonds. In this process, forms of non-blood kinship emerge that expand the boundaries of the family, establish mutual obligations, and reconfigure belonging through shared action. It is concluded that community care constitutes a form of social organization that transcends conventional analytical categories and positions the common as key to understanding the articulation between care, bonds, and social reproduction in contexts of inequality.

Keywords: Community care, transfers, women, community ties.

SUMARIO: 1. INTRODUCCIÓN, 2. ANTECEDENTES, 2.1. LA ORGANIZACIÓN SOCIAL DEL CUIDADO Y SU DIMENSIÓN COMUNITARIA, 2.2. CUIDADOS Y COMUNIDAD COMO PROCESOS RELACIONALES SITUADOS, 3. LA OTRA MÉRIDA: CONDICIONES ESTRUCTURALES Y TRAMAS TERRITORIALES, 4. POSICIONAMIENTO METODOLÓGICO. LO COMÚN COMO RELACIÓN SITUADA, 5. RESULTADOS, 5.1. TRANSFERENCIAS DE CUIDADO COMUNITARIO: LO QUE CIRCULA ENTRE CASAS, CUERPOS Y VECINAS, 5.2. SOSTENERNOS ENTRE NOSOTRAS: SENTIDOS DEL CUIDADO COMUNITARIO, 6. PARA SEGUIR PENSANDO EL CUIDADO DESDE LO COMÚN, 7. REFERENCIAS.

1. Introducción

En contextos marcados por desigualdades estructurales persistentes y por la insuficiencia de los arreglos estatales, familiares y de mercado, el cuidado emerge como un campo social profundamente tensionado, cuya organización desborda los marcos formales de provisión. Lejos de constituirse como un derecho efectivamente garantizado, el acceso al cuidado se distribuye de manera fragmentada y excluyente, dando lugar a formas situadas de resolución que se sostienen en la vida cotidiana. En este escenario, el cuidado no puede comprenderse únicamente como un conjunto de servicios o prácticas discretas, sino como un proceso relacional que se organiza en el cruce entre condiciones materiales inequitativas y formas colectivas de articulación social. Es en este entramado donde los cuidados comunitarios adquieren centralidad analítica. Más que respuestas contingentes frente a la insuficiencia institucional, se configuran como formas persistentes de organización colectiva ancladas en la proximidad barrial. En colonias del sur de Mérida, Yucatán, estas prácticas se expresan en gestos cotidianos (acompañar, compartir alimentos, intercambiar saberes sobre el cuerpo o los medicamentos, organizar relevos informales) que, lejos de ser acciones aisladas, forman parte de dinámicas sostenidas en el tiempo. A través de estas prácticas, el cuidado se articula mediante la circulación continua de transferencias: materiales, instrumentales, emocionales y cognitivas, que enlazan recursos, consejos y afectos, configurando un tejido relacional en movimiento.

DOI: <https://doi.org/10.32776/pnsmmh65>

Desde esta perspectiva, comprender los cuidados comunitarios exclusivamente como mecanismos compensatorios frente a la ausencia del Estado o a la inaccesibilidad del mercado implica reducir su alcance ético-político. Más que suplir carencias, estas prácticas situadas producen formas específicas de cohesión social en las que la interdependencia se vuelve condición de posibilidad. En ellas, el cuidado desborda su anclaje en lo doméstico y se despliega como un proceso que produce vínculos, reorganiza la pertenencia y redefine los sentidos de cuidar y ser cuidada. En este proceso, la reiteración de transferencias no solo posibilita la atención de necesidades, sino que instituye formas de parentesco no consanguíneo que amplían los márgenes de lo familiar y configuran relaciones sostenidas en el compromiso cotidiano.

En el sur profundo (Castillo León et al., 2016), estas dinámicas adquieren una densidad particular en territorios históricamente atravesados por desigualdades. En este contexto, el cuidado no aparece como una opción entre varias, sino como una práctica ineludible que se organiza desde la proximidad y la disponibilidad mutua. Mujeres mayores que cuidan de otras vejeces, junto con mujeres adultas que participan en redes vecinales, articulan cotidianamente estas tramas, configurando formas relativamente estables de organización social que permiten la continuidad cotidiana en condiciones complejas. Desde una perspectiva feminista y de cuidados, este artículo propone un desplazamiento analítico: de una comprensión del cuidado como responsabilidad individual hacia su conceptualización como proceso relacional y colectivo. A partir de un enfoque cualitativo basado en percepción participante y entrevistas a profundidad, el análisis se centra en las experiencias de mujeres que participan en estos entramados. Más que describir prácticas aisladas, el artículo examina cómo la circulación de transferencias produce vínculos y cómo estos, a su vez, amplían y sostienen las posibilidades del cuidado en lo comunitario.

En este marco, se sostiene que los territorios no constituyen meros escenarios donde el cuidado ocurre, sino condiciones activas de su posibilidad. Desde esta perspectiva, las redes comunitarias dejan de ser leídas como recursos residuales o estrategias de último recurso, para ser comprendidas como infraestructuras sociales que hacen vivible la cotidianidad en contextos de desigualdad persistente. Reconocerlas en estos términos implica no solo visibilizarlas, sino también interpelar las formas en que se distribuyen (o se eluden) las responsabilidades sociales del cuidado. El texto se organiza de la siguiente manera: en primer lugar, se presentan los antecedentes del estudio, estructurados en dos apartados. El primero aborda la organización social del cuidado, mientras que el segundo recupera discusiones en torno a las transferencias; posteriormente, se expone la estrategia metodológica; en seguida, se desarrollan los hallazgos; y, finalmente, se proponen elementos para continuar problematizando el cuidado como una forma de organización social en lo comunitario. En este recorrido, el artículo busca tensionar una pregunta que atraviesa de fondo este análisis: ¿qué implica seguir pensando el cuidado como una responsabilidad privada cuando, en estos territorios, se configura como una práctica colectiva anclada en lo común?

2. Antecedentes

2.1. La organización social del cuidado y su dimensión comunitaria

La noción de cuidado ha sido objeto de una elaboración teórica heterogénea que da cuenta de su carácter polisémico y de las dificultades para delimitarla como categoría analítica. Más que un concepto estable, se trata de un campo de problematización cuya definición varía en función de los énfasis colocados en las prácticas, las relaciones o las condiciones que posibilitan su realización. Esta diversidad no constituye una debilidad conceptual, sino que refleja la densidad social del cuidado y la necesidad de abordarlo desde marcos capaces de capturar su complejidad. En términos generales, el cuidado ha sido conceptualizado como un conjunto de prácticas orientadas a la atención cotidiana de necesidades, que involucran dimensiones sociales, emocionales, cognitivas y físicas, y que se despliegan bajo arreglos diversos (domésticos, comunitarios y profesionales) y en modalidades tanto remuneradas como no remuneradas (Batthyány, 2001; Bango, 2020). Desde esta perspectiva, el cuidado se configura como una práctica extendida que atraviesa la vida social, articulando la gestión cotidiana de la vida con el sostenimiento de condiciones básicas de bienestar.

A su vez, se ha enfatizado que el cuidado no solo implica la realización de actividades, sino también la movilización de recursos orientados a garantizar la continuidad de la vida y la salud a lo largo del ciclo vital, incorporando los soportes materiales y sociales que hacen posible el desarrollo de las personas en condiciones adecuadas (Arriagada, 2011; Organización Internacional del Trabajo [OIT], 2018). Este desplazamiento permite situarlo como una condición estructural de la vida social, más allá de su asociación con situaciones excepcionales o de dependencia. Asimismo, distintas aproximaciones han insistido en la necesidad de comprender el cuidado desde su carácter dual, en tanto articula una dimensión material (relativa a la atención de los cuerpos y sus necesidades fisiológicas) y una dimensión afectiva y relacional, inscrita en la interacción social (Pérez, 2006). Esta perspectiva resulta clave para desbordar interpretaciones reduccionistas que lo restringen a tareas puramente instrumentales o lo inscriben exclusivamente en disposiciones morales, permitiendo reconocer su carácter intersubjetivo.

En este punto, la definición formulada por Fisher y Tronto (citados en Tronto, 2010) introduce un giro analítico significativo al conceptualizar el cuidado como una actividad de especie que comprende todo aquello que hacemos para mantener, continuar y reparar nuestro mundo, de modo que podamos vivir en él de la mejor manera posible. Este “mundo” comprende cuerpos, relaciones y entorno, concebidos como elementos interdependientes que se articulan en una red compleja que sustenta la reproducción social. Desde esta perspectiva, el cuidado se desplaza de una comprensión centrada en el individuo hacia su análisis como un proceso socialmente configurado. El enfoque de la organización social del cuidado (OSC) permite examinar su distribución entre distintos ámbitos institucionales, así como

las lógicas que estructuran y condicionan sus formas de provisión. En este marco, el denominado “diamante del cuidado” identifica cuatro esferas fundamentales en la provisión de cuidados: la familia o el hogar, los mercados, el sector público y el sector no lucrativo, que incluye formas comunitarias y voluntarias de atención (Razavi, 2007).

Lejos de constituir ámbitos aislados, estas esferas forman parte de un entramado dinámico en el que las fronteras de responsabilidad se desplazan en función de la acción estatal, las demandas sociales y la incidencia de actores colectivos, como organizaciones sociales o redes comunitarias (Razavi, 2007). Esta perspectiva permite cuestionar visiones lineales que asumen una transición progresiva desde formas “privadas” de cuidado hacia su provisión “pública”, evidenciando, en cambio, configuraciones cambiantes en las que los distintos ámbitos se superponen y se reconfiguran. A partir de este marco, el modelo del diamante ha sido utilizado para analizar la provisión de cuidados en distintos contextos, al ofrecer una herramienta para identificar la participación relativa de cada una de estas esferas y las formas en que se articulan entre sí. Asimismo, ha permitido examinar procesos como la refamiliarización, la desfamiliarización y la mercantilización del cuidado (Daly y Lewis, 2000), así como las transformaciones en los regímenes de provisión y acceso.

En consonancia con estos desarrollos, diversos análisis contemporáneos han buscado precisar las funciones que asumen estos ámbitos en la organización del cuidado. En términos generales, el Estado es concebido como responsable de establecer condiciones normativas, institucionales y materiales que garanticen el acceso al cuidado; el mercado interviene mediante la provisión de servicios y la configuración de las condiciones laborales; las familias continúan siendo un espacio central de provisión cotidiana; mientras que la comunidad, en tanto ámbito no lucrativo, despliega formas colectivas de atención, particularmente a través de redes locales, iniciativas solidarias y estrategias compartidas (Red de Cuidados en México y OXFAM México, 2021).

Si bien estos enfoques han contribuido a visibilizar la distribución del cuidado entre distintos actores, también han tendido a privilegiar aquellos ámbitos más institucionalizados, delimitando el campo de discusión en torno a configuraciones formales y desplazando otras formas de provisión que operan fuera de estos marcos. En particular, lo comunitario ha sido frecuentemente subsumido bajo la lógica familiar o tratado como un ámbito secundario, lo que ha limitado su reconocimiento como un espacio con racionalidades propias de articulación, organización y sostenimiento del cuidado (Martínez-Buján y Vega, 2021; Robles-Silva, 2023). Esta restricción dificulta la comprensión de los arreglos concretos que emergen en contextos donde las respuestas estatales y mercantiles resultan insuficientes, fragmentarias o discontinuas.

En este sentido, reorientar la mirada hacia lo comunitario implica no solo ampliar el espectro de actores, sino problematizar los supuestos que han delimitado las formas dominantes de comprender el cuidado. Más que un ámbito subordinado, lo comunitario puede ser entendido como una dimensión constitutiva en la configuración del cuidado, en la que se despliegan prácticas sostenidas en la proximidad social, la cooperación situada y formas de compromiso que no se encuentran mediadas exclusivamente por dispositivos formales (Vega et al., 2018; Vivaldo-Martínez y Martínez Maldonado, 2023). Desde esta perspectiva, los cuidados comunitarios configuran un campo específico de producción social que articula saberes, recursos y relaciones en clave territorial. En contextos atravesados por desigualdades estructurales, estos entramados locales adquieren una centralidad particular al movilizar estrategias colectivas frente a condiciones de precariedad y a la insuficiencia de las respuestas formales (PNUD, 2022). En este sentido, el territorio deja de operar como un mero escenario para constituirse como una dimensión activa que configura, y delimita, las condiciones concretas en las que el cuidado se produce, se negocian y se sostiene.

Desde esta perspectiva, analizar la dimensión comunitaria del cuidado implica no solo reconocer su existencia, sino también indagar en los mecanismos a través de los cuales se articula y se sostiene en la vida cotidiana. En este sentido, resulta clave atender a las formas de interacción, circulación y relación que hacen posible estos entramados, abriendo la discusión hacia elementos que permiten comprender cómo el cuidado se produce más allá de arreglos formales y se inscribe en dinámicas relacionales específicas.

2.2. Cuidados y comunidad como procesos relacionales situados

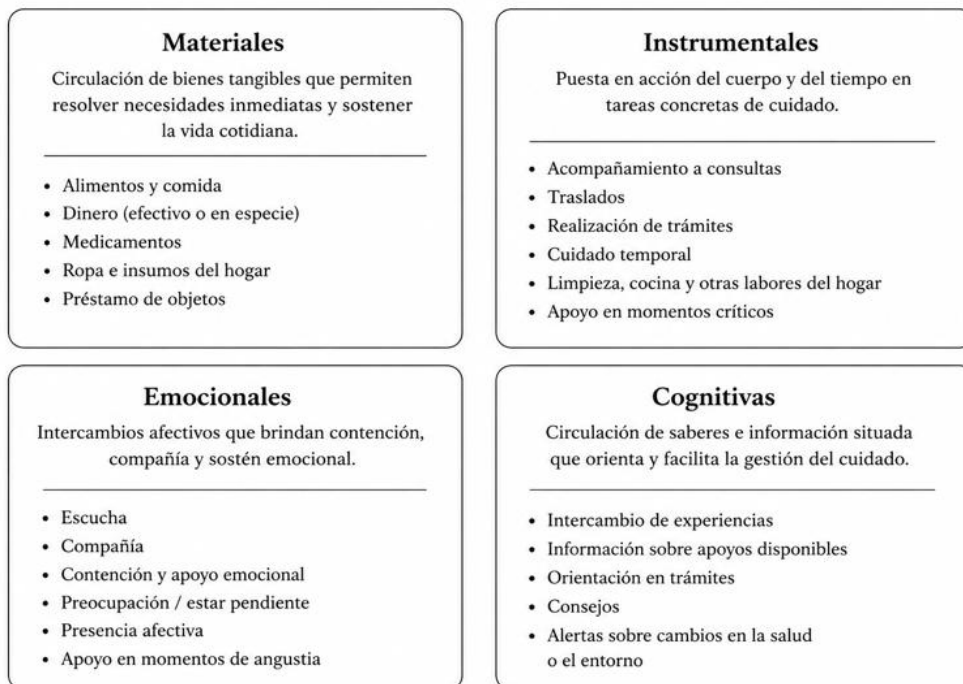
Abordar los cuidados comunitarios desde una perspectiva relacional situada implica desplazar su comprensión más allá de la distribución para situarlos en las tramas sociales concretas en las que se producen. En este sentido, el cuidado no puede reducirse a un conjunto de prácticas aisladas, sino que debe entenderse como un proceso que se configura en la interacción cotidiana, en la proximidad territorial y en la interdependencia entre sujetos. Esta perspectiva permite comprender que los cuidados se producen en la intersección de redes de apoyo, circuitos de transferencias y economías morales, donde convergen racionalidades heterogéneas que producen vínculos, reconfiguran el parentesco y habilitan formas situadas de lo común.

Es en estas tramas relacionales donde adquieren centralidad las formas de sostener. Las redes de apoyo constituyen un mecanismo clave mediante el cual este se concreta, a través de relaciones familiares, vecinales y comunitarias que posibilitan la circulación de apoyos en la vida cotidiana (Guzmán et al., 2003; Garay Villegas et al., 2020). En contextos como el mexicano, caracterizados por una cobertura limitada de la seguridad social, estas redes no solo complementan otras formas de provisión, sino que con frecuencia se configuran como la principal vía para atender necesidades básicas. Más allá de su dimensión funcional, pueden ser

comprendidas como configuraciones dinámicas en las que el cuidado se produce a través de la interacción, la proximidad y la interdependencia, dando lugar a formas de lo común ancladas en la experiencia situada. La operatividad de estas redes puede comprenderse a partir del modelo de transacciones interpersonales propuesto por Kahn y Antonucci (1980), el cual distingue dimensiones como ayuda, afecto y afirmación en los intercambios de apoyo. A partir de este marco, Guzmán et al. (2003) desarrollan la noción de transferencias para dar cuenta de los flujos relacionales mediante los cuales el cuidado se materializa en la vida cotidiana, permitiendo analizar estos intercambios como procesos diferenciados inscritos en relaciones socialmente situadas.

Estas transferencias pueden distinguirse según el tipo de recursos que movilizan. Las de carácter material refieren a la provisión de bienes tangibles que permiten resolver necesidades inmediatas. Las instrumentales implican la movilización del cuerpo y del tiempo en tareas concretas. Por su parte, las emocionales constituyen un componente central del cuidado al involucrar la escucha, contención y generación de presencia afectiva que mitiga el aislamiento. Finalmente, las cognitivas remiten a la circulación de saberes situados y orientaciones prácticas que permiten gestionar el cuidado en contextos específicos.

Figura 1. Tipologías de transferencias



Fuente: Elaboración propia a partir de Guzmán et al. (2003)

Por ello, más que entenderlas como simples conjuntos de relaciones interpersonales, es necesario analizarlas como configuraciones colectivas con

capacidad de generar respuestas organizadas. En esta línea, Dabas y Najmanovich (1995) plantean que pueden emerger tanto en torno a instituciones como en respuesta a su insuficiencia, a partir de procesos colectivos de identificación de necesidades y construcción de soluciones.

El funcionamiento de estas redes se sostiene, además, en lógicas de reciprocidad que permiten la continuidad de los vínculos en el tiempo. No se trata de intercambios inmediatos ni equivalentes, sino de formas de reciprocidad diferida que sostienen vínculos sociales (Mauss, 1979). En este punto, resulta clave incorporar la distinción entre don y reciprocidad para comprender las lógicas morales que estructuran el cuidado. Como señala Comas-d'Argemir (2017), el cuidado se organiza a partir de sistemas morales en los que el don, la reciprocidad y la mercancía coexisten. El don implica dar sin garantía de devolución, pero genera una obligación moral; la reciprocidad introduce la expectativa de retorno, aunque este sea diferido en el tiempo; y en ambos casos, la deuda se configura como un principio relacional que sostiene los vínculos. Estas dinámicas operan como formas de seguridad social informal, aunque también evidencian sus límites cuando los recursos son insuficientes o cuando las desigualdades atraviesan a quienes participan (Guzmán et al., 2003; Vinolo, 2015).

Además de posibilitar el acceso a recursos, estas dinámicas producen vínculos. El cuidado no solo circula en redes preexistentes, sino que también genera relaciones que son reconocidas como familiares. Conceptos como parentesco ficticio o parentesco voluntario permiten dar cuenta de estos procesos, en los que la repetición de prácticas de cuidado construye y consolida lazos que implican compromisos y expectativas en el tiempo (Nelson, 2013; Allen et al., 2011; Howell, 2003). En este sentido, el parentesco no se define exclusivamente por la consanguinidad, sino por la práctica: se produce en la reiteración de transferencias, en la inscripción en economías morales del don y la reciprocidad y en la construcción de relaciones de confianza y reconocimiento mutuo.

Estas configuraciones adquieren características específicas en contextos como el mexicano. Frente a la limitada responsabilidad estatal, las restricciones del mercado y la asignación desigual del cuidado hacia las familias emergen figuras comunitarias (frecuentemente mujeres) que asumen funciones de gestión, acompañamiento y atención en sus entornos. Estas prácticas no solo responden a la ausencia o insuficiencia de otras esferas, sino que configuran formas propias de organización del cuidado ancladas en lo común. Por tanto, analizar el cuidado comunitario desde esta perspectiva implica entenderlo como un proceso relacional y situado, sostenido en entramados territoriales donde convergen redes de apoyo, transferencias, economías morales del don y la reciprocidad, y formas dinámicas de parentesco. Este enfoque permite comprender que, en contextos atravesados por desigualdades estructurales, estas prácticas no solo responden a la urgencia, sino que constituyen formas persistentes de organización social que hacen posible la vida y, al mismo tiempo, producen vínculos, pertenencias y configuraciones de lo común.

3. La otra Mérida: condiciones estructurales y tramas territoriales

La expansión reciente de la ciudad de Mérida no ha dado lugar a un espacio homogéneo, sino a un entramado urbano atravesado por profundas desigualdades en el acceso a infraestructura, servicios y oportunidades. Este proceso no puede entenderse únicamente como una consecuencia del crecimiento urbano, sino como parte de una forma específica de construir ciudad, en la que las mejoras en ciertos sectores coexisten con la persistencia, e incluso la intensificación, de condiciones adversas en otros. En este sentido, los planteamientos de Wacquant (2001) permiten situar estas dinámicas en un marco más amplio, al proponer que la marginalidad urbana contemporánea no surge al margen del desarrollo.

Desde esta perspectiva, las inequidades urbanas son el resultado de la convergencia de transformaciones estructurales que operan de manera simultánea. Por un lado, la reorganización del trabajo asalariado ha erosionado su capacidad de ofrecer estabilidad y protección; por otro, el debilitamiento de los mecanismos estatales ha reducido las posibilidades de amortiguar estas condiciones, trasladando la resolución de necesidades hacia ámbitos cada vez más fragmentados. A ello se suma la concentración territorial de desventajas, que no solo implica carencias materiales, sino también procesos de estigmatización que marcan ciertos espacios y a quienes los habitan. En conjunto, estas dinámicas producen territorios en los que las limitaciones son persistentes y acumulativas.

Así, leer Mérida desde esta clave permite cuestionar la imagen de una ciudad uniforme. La noción de lo urbano como totalidad coherente tiende a ocultar las diferencias que estructuran de manera concreta la experiencia de quienes la viven. En contraste, incorporar la dimensión territorial permite reconocer que el espacio participa en la organización de la vida social: distribuye oportunidades, condiciona trayectorias y delimita lo posible. No se trata únicamente de un soporte físico, sino de una dimensión que se articula con el género, la edad y la posición social, produciendo experiencias diferenciadas y, en muchos casos, desiguales (Secretaría de Desarrollo Agrario, Territorial y Urbano, 2021).

Bajo esta lectura, el contraste entre el norte y el sur de la ciudad adquiere un significado particular. No se trata únicamente de una diferencia geográfica, sino de la expresión visible de dinámicas estructurales: mientras la zona norte concentra mejores condiciones urbanas (infraestructura, servicios y acceso a equipamiento), el sur agrupa sectores con mayores restricciones (García Gil et al., 2012). Esta distribución incide directamente en la cotidianidad, determina los tiempos necesarios para desplazarse, condiciona el acceso a servicios básicos y configura las formas en que transita el espacio. Para comprender cómo se han producido estas configuraciones, resulta necesario situar históricamente lo que se ha denominado el “sur profundo”. Estas áreas se consolidaron en los márgenes urbanos a partir de procesos de ocupación progresiva, en los que se asentaron poblaciones con recursos

limitados en contextos marcados por precariedad, condiciones de salud adversas y bajos niveles de escolaridad (Castillo León et al., 2016). Lejos de responder a un desarrollo planificado, estos espacios se construyeron de manera gradual, en condiciones que reflejan la desigual distribución de recursos.

En estos territorios, distintos estudios han documentado problemáticas asociadas a contextos de marginación, como el consumo problemático de alcohol y drogas, así como diversas expresiones de violencia (García Gil et al., 2012; Castillo León et al., 2016). Sin embargo, interpretar estos fenómenos como características propias del territorio implica deshistorizar y simplificar su origen. Más bien, deben entenderse como manifestaciones de procesos sociales más amplios que han producido y sostenido posiciones estructuralmente inequitativas. Así, la periferia no puede concebirse como un residuo del crecimiento urbano, es el resultado de trayectorias históricas que han distribuido las condiciones de vida. En zonas como San José Tecoh, la organización del espacio (viviendas construidas y ampliadas de manera progresiva, actividades económicas integradas al ámbito doméstico y dinámicas barriales sostenidas en la proximidad) delimita los márgenes de acción y estructura las prácticas. Acceder a servicios de salud, realizar compras o gestionar trámites requiere articular el entorno inmediato con distintos puntos de la ciudad, lo que supone recorrer largas distancias, enfrentar infraestructuras deterioradas y depender de sistemas de transporte limitados (Díaz Pedroza, 2025). Estas exigencias no solo implican un mayor esfuerzo en términos de tiempo y recursos, sino que producen diferencias sustantivas en las posibilidades de sostener la vida en estos territorios. De este modo, hablar de “la otra Mérida” implica desplazar la mirada hacia aquellos espacios que han sido sistemáticamente invisibilizados y reconocer los procesos que producen, reproducen y territorializan la desigualdad, así como sus efectos concretos en las condiciones de existencia.

4. Posicionamiento metodológico. Lo común como relación situada

Esta investigación se desarrolló desde un enfoque cualitativo, con el propósito de comprender, desde dentro, las tramas comunitarias que sostienen la vida en el sur de Mérida, Yucatán. Más que observar prácticas aisladas, el interés se centró en acompañar procesos, en reconocer cómo el cuidado circula entre casas, calles y vínculos, y en cómo se configura como una experiencia profundamente relacional.

El acceso al campo no fue inmediato ni lineal. No partió de una selección previa de “casos”, sino de encuentros que se fueron abriendo paso en lo cotidiano. Fueron otras mujeres quienes, en el curso de conversaciones, comenzaron a nombrar a otras: “una mamá que les cuidaba”, “una hermana que estaba siempre pendiente”, “una vecina que sabía de todo”. Estas enunciaciones no solo orientaron el trabajo de campo, sino que operaron como formas de reconocimiento dentro de la propia comunidad, delineando quiénes aseguran las condiciones de vida de otras personas. A partir de ahí, el acercamiento fue paulatino, respetando tiempos, distancias y confianzas; llegar a cada una implicó ingresar a una red, más que

aproximarse a una persona en singular. Desde la etnografía feminista, este modo de acceso no es periférico, sino constitutivo del conocimiento producido, en tanto este se configura como un conocimiento situado y encarnado, construido en relación y atravesado por implicaciones éticas y políticas (Haraway, 1988).

En este marco, las experiencias de las mujeres no fueron asumidas como testimonios aislados, sino como formas de conocimiento construidas desde la experiencia conjunta del cuidado. Esto implicó reconocer que aquello que nombraban, callaban o priorizaban durante los encuentros también expresaba maneras específicas de interpretar y sostener lo común. Desde las metodologías feministas, recuperar estos sentires supone reconocer a las mujeres como productoras de conocimiento sobre sus propias formas de vida (Blázquez Graf et al., 2010; Gregorio Gil, 2006). En este sentido, como señala Esteban (2013), la experiencia cotidiana constituye un espacio desde el cual las personas elaboran sentidos sobre sus vínculos, corporalidades y formas de habitar el mundo.

De esta manera, el trabajo de campo combinó entrevistas a profundidad con una estrategia de percepción participante, que implicó acompañar a las mujeres en sus recorridos cotidianos: caminar con ellas por las calles, visitar a otras vecinas, compartir tiempos de espera, habitar espacios donde las historias emergían sin ser formalmente convocadas. Esta aproximación permitió desplazar el énfasis exclusivamente visual y auditivo de la observación participante tradicional, incorporando una dimensión sensorial y encarnada de la experiencia. Como señala García Grados (2017), esto abre la posibilidad de una etnografía más situada al reconocer el cuerpo, los sentidos y las emociones como parte del proceso de conocimiento. En este proceso, las entrevistas se guiaron a partir de un instrumento flexible que no buscaba cercar la experiencia, sino abrirla y dejarla desplegarse en sus propios términos. El guion permitió explorar, en primer lugar, los procesos que detonaron la participación de las mujeres en dinámicas de organización social y en la construcción de alternativas comunitarias vinculadas al sostenimiento más allá de la lógica privada. Asimismo, se indagó en la manera en que ellas mismas interpretan su participación, atendiendo a posibles desplazamientos en su autopercepción y en sus formas de nombrarse dentro de estos procesos.

Lejos de ser un recurso complementario, esta forma de estar en campo posibilitó captar aquello que no siempre se enuncia de manera explícita: silencios, gestos, cansancios acumulados, tensiones y formas de sostener la vida que escapan a los registros formales. Desde el enfoque de cuidados, esta investigación parte de que las prácticas colectivas no pueden comprenderse al margen de los afectos. En contraposición a la dicotomía entre razón y emoción, se asume que los sentimientos son constitutivos del conocimiento social. En este sentido, existe un saber que emerge “desde el interior”, desde las experiencias concretas y encarnadas de la vida cotidiana, históricamente desvalorizado por los enfoques tradicionales (Paperman, 2019). Reconocer el valor epistémico de las emociones implicó asumir el carácter situado, parcial e intersubjetivo del conocimiento (García Dauder y Ruiz Trejo,

2021). Esto supuso atender también a las resonancias y afectaciones que atravesaron el trabajo de campo. A partir de este entramado, se construyeron narrativas feministas del cuidado comunitario que no buscan romantizar estas prácticas, sino visibilizar sus tensiones, ambivalencias y potencias.

En este marco, los relatos recuperados no se presentan como historias aisladas, sino como expresiones de una trama más amplia de interdependencia que configura lo común. Son formas de conocimiento que emergen desde la experiencia vivida y que permiten iluminar aquello que suele permanecer en los márgenes. En contextos urbanos como el sur de Mérida, estas formas de cuidado constituyen una respuesta a condiciones estructurales de desigualdad y una forma de resistencia que reconfigura las posibilidades de habitar y sostener.

A modo de caracterización, se presentan las mujeres con quienes se desarrolló este proceso, cuyos nombres han sido modificados por razones éticas y para resguardar su confidencialidad. Los relatos no sólo describen experiencias, sino que revelan los entramados desde los cuales se organiza el cuidado comunitario en este territorio:

Tabla 1. Guardianas del sur

Nombre	Edad	Ocupación	Espacios de cuidado
Elvia	68	Hogar	Vivienda y entorno barrial
Rosa María	50	Comerciante	Entorno barrial
Candelaria	63	Comerciante	Vivienda y entorno barrial
Claudia	58	Hogar	Entorno barrial e iglesia
Esther	66	Bordadora	Vivienda y entorno barrial

Fuente: Elaboración propia con base en información recabada durante el trabajo de campo.

En un segundo momento, se procedió al análisis del material empírico mediante un enfoque inductivo. En una primera etapa se llevó a cabo una codificación abierta, orientada a la identificación y clasificación sistemática de las entrevistas. Esta fase permitió desagregar las voces de las colaboradoras en fragmentos analíticos, atendiendo a expresiones, prácticas, experiencias y reflexiones vinculadas con la organización del cuidado en el ámbito comunitario. En una segunda etapa, los códigos fueron agrupados en conjuntos temáticos a partir de regularidades empíricas y relaciones conceptuales emergentes. Este proceso se desarrolló de manera iterativa, mediante una revisión comparativa constante entre entrevistas, lo que permitió afinar y reorganizar los códigos iniciales en categorías más amplias.

De este análisis se construyeron dos ejes analíticos centrales: (1) las transferencias de cuidado comunitario y la producción de parentesco no consanguíneo, y (2) las experiencias y significados asociados a la participación de las mujeres en estos entramados. Cada eje se desagregó en categorías y subcategorías que orientaron la organización del apartado de resultados.

Tabla 2. Categorías y subcategorías de análisis

Ejes analíticos	Categorías	Subcategorías
Transferencias de cuidado comunitario y producción de parentesco no consanguíneo	Transferencias de cuidado	-Materiales -Instrumentales -Emocionales -Cognitivas
	Producción de vínculos	-Circulación continua de apoyos -Redistribución flexible -Nombramientos (“mamá”, “hermanita”)
Experiencias y significados de la participación en entramados de cuidado comunitario	Significados del cuidado comunitario	-Valoración de lo colectivo -Importancia de “estar para otras”

Fuente: Elaboración propia con base en el proceso analítico realizado.

5. Resultados

Los resultados revelan que, en San José Tecoh, el cuidado se organiza como un entramado comunitario que desborda tanto el ámbito institucional como el doméstico y las relaciones consanguíneas. Lejos de configurarse como apoyos aislados, estas prácticas se articulan a través de la circulación constante de transferencias entre mujeres, las cuales enlazan recursos, saberes, afectos y acciones en la proximidad barrial. Este movimiento continuo permite sostener la vida cotidiana en contextos de profundas desigualdades, evidenciando que no se trata de respuestas puntuales, sino de una forma de organización social que se activa desde el conocimiento situado de las condiciones de otras y la atención permanente a sus necesidades.

A partir del proceso analítico desarrollado, se identificó que estas dinámicas también producen vínculos y significados. Por un lado, la reiteración de transferencias da lugar a formas de parentesco no consanguíneo que amplían los márgenes de lo familiar y reordenan las relaciones entre vecinas. Por otro, la participación en estas dinámicas se constituye como una práctica situada que articula responsabilidad compartida y un sentido de lo común, donde “estar para otras” opera como principio orientador. En este marco, los resultados se organizan en dos apartados: el primero aborda la circulación de transferencias y la producción de vínculos, mientras que el segundo analiza los sentidos que las mujeres atribuyen a su participación en estos entramados comunitarios.

5.1. Transferencias de cuidado comunitario: lo que circula entre casas, cuerpos y vecinas

En el sur de Mérida, particularmente en San José Tecoh, el cuidado no se inscribe al ámbito doméstico ni se restringe a relaciones familiares consanguíneas.

DOI: <https://doi.org/10.32776/pnsmmh65>

Se configura, más bien, como una práctica colectiva anclada en la proximidad barrial, en la reiteración de encuentros y en un conocimiento compartido sobre las condiciones de otras. Lejos de tratarse de apoyos esporádicos, lo que emerge es una forma de organización social que, aunque no institucionalizada, presenta regularidades, reglas implícitas y mecanismos de activación. Esto permite sostener que el cuidado no opera aquí como respuesta puntual, sino como principio organizador de la vida en común.

Este sistema se articula mediante transferencias constantes entre mujeres, tal como han sido conceptualizadas en el campo de las redes de apoyo social (Khan y Antonucci, 1980; Guzmán et al., 2003). Sin embargo, en este contexto dichas transferencias operan como parte de un flujo continuo que enlaza prácticas, cuerpos y espacios. En un mismo gesto: llevar un plato de comida, pasar a ver, acompañar, se condensan simultáneamente recursos materiales, presencia afectiva, acciones concretas y saberes situados. Así, las transferencias pueden entenderse como expresiones de un entramado relacional en movimiento. El cuidado, de esta manera, no se organiza bajo una lógica lineal de dar y recibir: se desplaza. Circula entre casas, se activa en la interacción constante y se sostiene en la capacidad de las mujeres adultas y mayores de reconocer necesidades sin que medie necesariamente una solicitud explícita. Esto resulta particularmente significativo en trayectorias donde las propias mujeres mayores sostienen cuidados directos, intensos y prolongados hacia otras vejez, evidenciando que el cuidado no solo fluye hacia ellas, sino también desde ellas. Con ello, se complejizan las nociones de dependencia y se les posiciona como actrices centrales en la organización comunitaria.

En este sentido, la experiencia de Elvia, mujer mayor que cuida a su madre con discapacidad visual, permite comprender cómo, en la práctica, estos apoyos se tejen en un mismo gesto diario, donde lo material, emocional, instrumental y cognitivo no pueden separarse sin desarticular el cuidado mismo:

Yo en la mañana me levanto temprano, hago mi comida, lo que vaya a hacer ese día. A veces es poquito, porque pues no siempre hay mucho, pero ahí voy viendo. Yo no puedo decir ¡hoy voy a ayudar!, no, eso se va dando. Si sé que la vecina está sola, que cuida a su hermanita y que no tiene con quién dejarla, entonces desde que estoy cocinando ya pienso en ella, igual pienso en otras viejecitas que viven solas aquí por la colonia. Sirvo un poquito más, aunque sea poquito, pero lo aparto. Luego paso y le digo: ¡mira, te traje esto, para que no se queden sin comer! Y ya no es solo dejarle la comida, porque me quedo un ratito, vemos cómo está, cómo pasó la noche, si durmió, si necesita algo. A veces solo es platicar, pero ya con eso cambia el día. Y ella igual, cuando puede, me manda a llamar: ¡ven por tu plato!, y voy. No es que estemos contando, ni que digamos cuánto le toca a cada quien. Si una aquí no tiene, la otra ve cómo. Así nos vamos, porque hay días que una puede y otros no, pero no se deja sola a la otra (Elvia, comunicación personal, 14 de diciembre de 2024).

Lo que este relato permite observar no es únicamente un acto de ayuda, sino un mecanismo de articulación comunitaria. La comida funciona simultáneamente

como recurso, como presencia y como vía de monitoreo mutuo. A través de estos gestos reiterados se mantiene activa una red que permite mantener el día a día. En este caso, el cuidado opera como un dispositivo relacional que articula intercambio, vínculo y seguimiento continuo; no se explica por la ausencia del Estado o del mercado, sino por la presencia de una organización colectiva que opera bajo otras lógicas de cercanía, reciprocidad y atención. Esta organización se vuelve aún más visible cuando las necesidades se intensifican y se prolongan en el tiempo. En situaciones donde una sola persona no puede sostener completamente la responsabilidad, como en casos de enfermedad o discapacidad, el cuidado se distribuye entre varias mujeres, configurando relevos informales que permiten la continuidad. No se trata de una delegación total, sino de una redistribución flexible que alivia, acompaña y hace posible lo común.

Estas prácticas no responden a esquemas rígidos ni a solicitudes explícitas. Emergen desde un conocimiento situado del entorno: saber quién está sola, quién no ha salido, quién podría necesitar algo. Este carácter sensible configura una forma de vigilancia afectiva sostenida en la proximidad y en la reiteración del vínculo. En este sentido, las redes de apoyo en el sur profundo no solo operan como mecanismos de intercambio, sino como configuraciones relacionales que producen confianza y compromiso mutuo, elementos que pueden leerse en clave de capital social, entendido como un conjunto de normas y relaciones que facilitan la cooperación para el beneficio colectivo (Putman, 1993). Así, más que estructuras estáticas, estas redes funcionan como procesos en constante actualización. La experiencia de Candelaria permite reconocer esto. A lo largo de su vida, ha asumido el cuidado de su hermana menor (una mujer mayor con discapacidad intelectual) en condiciones marcadas por la precariedad y la ausencia de apoyos formales. Sin embargo, este cuidado no se sostiene en aislamiento, sino en una red barrial que se activa en distintos momentos:

Yo me quedé con mi hermana desde que murieron mis papás. No fue algo que se habló mucho, solo se dio porque yo era la única mujer y pues me quedé. Primero no pesaba, pero se fue haciendo muy pesado, porque ella depende de mí para todo y yo ya estoy grande. Hay días que una se cansa, que ya no sabe ni cómo hacerle, porque no hay descanso y tengo que seguir buscando sustento. Pero ahí es donde entran las vecinas, me invitan. No están todo el tiempo, pero cuando ven que ya estoy muy cansada, me dicen: ¡déjala un ratito, yo la veo!, o vienen y se sientan con ella mientras yo hago otras cosas. A veces me ayudan a llevarla al médico, o si tengo que salir, están al tanto. Y yo igual estoy para ellas, me invitan a rezos y siempre voy para acompañarlas, porque aquí nadie puede solo, eso es lo que yo he aprendido. Si no fuera por eso, no sé cómo hubiera seguido todos estos años (Candelaria, comunicación personal, 03 de febrero de 2025).

Aquí, el cuidado se redistribuye en función de las posibilidades y los momentos de cada uno, configurando circuitos de reciprocidad que no operan bajo una lógica de equivalencia inmediata, sino bajo una temporalidad extendida en la que “estar cuando se necesita” se vuelve el principio organizador. Tal como han

señalado Garay Villegas et al. (2020), las redes de apoyo en contextos mexicanos no solo fluyen hacia las personas mayores, sino que se configuran como sistemas de intercambio donde quienes reciben también participan activamente en su sostenimiento, desdibujando las fronteras entre dependencia y agencia. Esto evidencia que las posiciones dentro del entramado son móviles y relacionales, no fijas. En este entramado, quien cuida también requiere cuidado, y quien recibe también participa en su sostenimiento. Las transferencias instrumentales (cuidar por ratos, acompañar, apoyar en traslados) se articulan con dimensiones emocionales que se despliegan en espacios colectivos como los rezos, así como con dimensiones cognitivas vinculadas a la capacidad de reconocer el desgaste de otras y saber cuándo intervenir. De este modo, el cuidado se configura como una práctica multidimensional que no puede fragmentarse sin perder su sentido.

La reiteración de estas transferencias no solo produce sostén material, instrumental, emocional y cognitivo, sino que transforma la naturaleza de los vínculos. Las relaciones entre vecinas dejan de ser únicamente espaciales para convertirse en formas de pertenencia construidas en la práctica compartida. En este proceso emergen formas de parentesco que desbordan la consanguinidad: nombrar a otra como “mamá” o “hermanita” es el reconocimiento de una relación construida en el hacer sostenido del cuidado en común. Así, el vínculo no antecede a la práctica, sino que se produce en ella.

En San José Tecoh, Claudia es nombrada “hermanita” por otras mujeres a partir de su participación en la iglesia, un espacio donde no solo se congregan, sino donde también se produce cuidado:

Me dicen “hermanita” todas las vecinitas de aquí porque siento que sí hay un lazo fuerte de cariño entre nosotras. Soy como la hermana menor que las ayuda y ellas las hermanas grandes que me auxilian [risas]. Ahí en la iglesia nos vemos, estamos al tanto entre nosotras. Luego preguntamos qué pasó, si está bien. A veces una nota que llegan calladas, y ahí una misma siente que algo traen, y ya nos sentamos a platicar. Yo trato de estar pendiente, de ver qué se necesita, porque no siempre es algo grande, a veces es que alguien te escuche. También aparto comida o guardo ropita y le digo a las hermanas que pasen a recoger, no es que yo sola haga, poco a poco lo hacemos (Claudia, comunicación personal, 30 de noviembre de 2024).

Su papel no se restringe al ámbito religioso: escucha, identifica necesidades, moviliza apoyos y sostiene emocionalmente a otras, funcionando como un nodo dentro de una red más amplia de relaciones. Esto muestra que los cuidados comunitarios también se tejen en espacios colectivos que exceden lo doméstico. Por su parte, el nombramiento de “mamá Rosita” emerge en una relación anclada en esta misma lógica comunitaria. En este caso, es Candelaria quien nombra a María Rosa de esta manera, reconociendo en ella una presencia constante dentro del entramado que sostiene su día a día:

Le digo “mamá Rosita”. Así le digo siempre, así nos tratamos. Porque cuando yo he necesitado, ella ha estado, pero no solo ella, también otras, pero ella siempre está más pendiente. Cuando me enfermé, cuando no tenía quién me ayudara, ahí estaba. Y no es nada más que vaya, sino que se queda, que vuelve, que pregunta cómo sigo. Ella sabe todo, ella es nuestra mamá. Ya no es como alguien extraño, es como familia (Candelaria, comunicación personal, 18 de diciembre de 2024).

Desde la voz de María Rosa, este vínculo también se reconoce como parte de un entramado más amplio:

Pues ella me dice “mamá Rosita”, pero no es solo entre nosotras, porque aquí todas nos vamos viendo. Yo la veo y sé cuándo está cansada, cuándo necesita que alguien esté ahí, aunque no diga nada. A veces paso, me siento un rato, platicamos, o veo en qué le puedo ayudar, pero igual hay otras que también están. Aquí no es que una sola cuide, sino que entre varias estamos pendientes. Porque uno ya sabe, cuando una no puede, otra entra y así se va moviendo. Somos familia, no hay de sangre, pero estamos más presentes que nuestros familiares de sangre que ni se enteran si nos da gripa (María Rosa, comunicación personal, 07 de enero de 2025).

En estos relatos, el parentesco no antecede al cuidado, sino que se produce en él. Es la circulación sostenida de transferencias lo que configura el vínculo y le otorga sentido, mostrando que estas formas de parentesco no consanguíneo emergen de prácticas reiteradas de sostén mutuo. En este marco, los cuidados comunitarios no solo permiten afrontar necesidades inmediatas, sino que generan formas de familia construidas desde lo común. Estas dinámicas pueden leerse a la luz de lo que la literatura ha denominado parentesco ficticio o voluntario (Allen et al., 2011; Nelson, 2013); sin embargo, aquí no aparecen como un fenómeno previo o dado, sino como resultado directo de la organización colectiva del cuidado.

En este sentido, nombrar a alguien como “mamá Rosita” es un acto que instituye una relación de cuidado, que la legitima y la inscribe en un marco de obligaciones mutuas. Estas prácticas permiten expandir las redes de apoyo y asegurar formas de sostén en contextos donde las estructuras formales resultan insuficientes. Como señala Furstenberg (2020), las formas contemporáneas de parentesco incorporan cada vez más vínculos elegidos o contruidos, donde la pertenencia se define por la implicación afectiva y el compromiso, más que por la biología. Así, las transferencias de cuidado y el parentesco no consanguíneo no constituyen dimensiones separadas, sino procesos profundamente entrelazados. Las transferencias producen vínculo, y los vínculos, a su vez, sostienen y amplían las posibilidades de transferencia. En conjunto, configuran un entramado dinámico donde circulan recursos, afectos y significados.

Así, lo que se observa en San José Tecoh no es la ausencia de cuidado ni su confinamiento al ámbito privado, sino la existencia de un sistema comunitario que opera a través de la circulación de afectos, alimentos, presencia, escucha y la

construcción de vínculos. Un sistema que no está formalizado, pero que sí es reconocible y fundamental para la reproducción cotidiana de la vida en el sur. En este entramado, el cuidado deja de ser una responsabilidad individual para convertirse en una práctica colectiva, donde lo común es una forma concreta de organización social.

5.2. Sostenernos entre nosotras: sentidos del cuidado comunitario

“Sostenernos entre nosotras” nombra una forma de habitar lo cotidiano que desborda la idea del cuidado como respuesta puntual a una necesidad. En las experiencias de las mujeres, el cuidado comunitario no se reduce a lo que se hace, sino que adquiere sentido en lo que posibilita: transitar la vida en condiciones menos solitarias, menos inciertas y más acompañadas. En este marco, participar en estas redes implica involucrarse y formar parte de un entramado relacional donde la cercanía, la atención y la disponibilidad mutua configuran formas de bienestar que emergen en lo común. Así, el cuidado comunitario se experimenta como una condición que transforma la manera en que se vive la cotidianidad, al producir tranquilidad, pertenencia y la certeza de que hay otras con quienes sostener la vida. En este sentido, la nube de palabras no solo sintetiza términos recurrentes, sino que permite aproximarse a los significados que las mujeres atribuyen a su participación en estos entramados. Expresiones como *acompañamiento*, *presencia*, *consuelo*, *cercanía*, *red*, *quedarse*, *saber que están*, *estar pendientes* no remiten únicamente a acciones, son formas de sentir y experimentar el estar en colectivo.

Estar en la red implica saberse acompañada, considerada y sostenida dentro de un entramado donde dar, recibir y devolver no se rige por lógicas de equivalencia, sino por la continuidad del vínculo. Como plantea Comas-d’Argemir (2017), los cuidados se inscriben en sistemas morales donde la reciprocidad estructura las relaciones sin reducirse al cálculo, lo que permite comprender por qué estas experiencias se viven más como pertenencia que como intercambio.

Figura 2. Cuidado comunitario en palabras



Fuente: Elaboración propia con base en el trabajo de campo.

Estas dimensiones adquieren espesor desde los sentires de las propias mujeres, donde el cuidado comunitario se nombra, sobre todo, desde lo que significa estar ahí. En el relato de Esther, formar parte de este entramado se traduce en una sensación de tranquilidad que transforma su experiencia cotidiana. Más que la

posibilidad de recibir ayuda en un momento específico, lo que emerge es la certeza anticipada de ese acompañamiento, que se instala como una forma de calma constante:

Una se siente más tranquila porque sabe que no está sola, que, si pasa algo, alguien va a llegar. No tienes que estar pidiendo, porque ya entre nosotras sabemos qué hacer y cómo poder apoyar. A veces ni decimos, pero ya estamos viendo. Eso es lo que hace que esté más en paz” (Esther, comunicación personal, 19 de diciembre de 2024).

Aquí, el “saber que están” no remite solo a una práctica de acompañamiento, es una condición afectiva que transforma la experiencia cotidiana. La tranquilidad no proviene de la ausencia de dificultades, sino de la seguridad de no enfrentarlas en soledad, de habitar un entorno donde otras permanecen atentas incluso sin que medie una petición explícita. En este sentido, el cuidado comunitario adquiere significado como una experiencia que reconfigura la incertidumbre, volviéndola más llevadera a partir de la presencia (real o potencial) de las otras. En la misma línea, cuando Elvia nombra esta experiencia como “una gran bendición”, desplaza el énfasis desde la acción hacia el valor de formar parte de un entramado relacional donde la reciprocidad se vive como algo natural. La idea de que “también vienen por ti” no alude a la devolución del cuidado, es una forma de seguridad construida en el tiempo, donde la disponibilidad mutua se vuelve parte del horizonte cotidiano:

No es que una diga ¡voy a cuidar’!, no, no, no, eso ya es de todos los días. Una está pendiente, aunque tenga sus propias cosas y preocupaciones. Si ves que alguien no salió, que algo pasa, pues te acercas porque, así como tú vas por ellas, también vienen por ti siempre, es una gran bendición lo que tenemos (Elvia, comunicación personal, 18 de diciembre de 2024).

Así, su participación en la red no es una carga adicional, es una forma de vida compartida que adquiere sentido en sí misma, en tanto posibilita contar con otras en distintos momentos y circunstancias. Por su parte, Rosa María enfatiza que lo central es saberse parte de un grupo unido. En su relato, la participación en estas redes se experimenta como pertenencia, como un “nosotras” que sostiene emocionalmente frente a las dificultades:

Hay veces que yo puedo, otras veces no puedo, pero sé que cuando yo no pueda, otras van a estar ahí, somos pocas, pero somos muy unidas (...) No contamos quién da más o quién da menos o qué cosa da, es que no se tiene que dejar sola a la otra que es viejita o que tiene a viejitos ahí en su casa. Así nos vamos, porque todas tenemos momentos difíciles (Rosa María, comunicación personal, 03 de enero de 2025).

El énfasis en “somos muy unidas” permite observar que el sentido de estas redes no se agota en el apoyo que circula, al contrario, se ancla en la producción de un “nosotras” que permite enfrentar las complejidades desde un lugar no individualizado. En este marco, el cuidado comunitario se configura como una forma

de pertenencia donde la cercanía y la unión adquieren valor en sí mismas. Desde la experiencia de Candelaria, el sentido del cuidado comunitario se vincula con la posibilidad de no cargar en solitario con situaciones que resultan física y emocionalmente desgastantes. Lo que se destaca no es únicamente la ayuda recibida, sino el efecto que esta produce al permitir sostenerse en momentos en los que, de otra forma, sería difícil continuar.

Hay días que una ya no puede, que se cansa mucho, pero ahí es donde ellas llegan para ayudarte siempre, siempre te ayudan a no sentirte sola con todo. No están todo el tiempo, ven que ya estás muy cansada y se acercan, te dicen que descanses un rato, que ellas te van a ayudar. Todas damos lo que podemos, a veces es poquito, pero ese poquito te ayuda mucho (Candelaria, comunicación personal, 06 de junio de 2025).

El “no sentirte sola con todo” expresa una transformación en la vivencia del desgaste, donde el cuidado compartido redistribuye tareas y también el peso emocional de la responsabilidad. Incluso cuando el apoyo es parcial o momentáneo, adquiere relevancia porque posibilita la continuidad, evidenciando que el sentido del cuidado no radica en su magnitud, sino en su capacidad de sostener la vida. Finalmente, en la experiencia de Claudia, el sentido de participar en estas redes se construye en el encuentro con otras y en la posibilidad de habitar espacios donde se produce cercanía y reconocimiento. Más allá de las acciones específicas, lo que emerge es el valor de no estar aislada, de formar parte de un colectivo donde el encuentro cotidiano adquiere significado en sí mismo:

Aquí en la iglesia o en la colonia nos vemos y luego luego sabemos si alguien trae algo. A veces no dicen, pero una se da cuenta. Nos sentamos, platicamos, vemos qué necesita. A veces es nomás escuchar, pero con eso cambia todo. No es que una sola haga, poco a poco lo hacemos entre todas” (Claudia, comunicación personal, 18 de diciembre de 2024).

En conjunto, estas voces permiten observar que los sentidos del cuidado comunitario se configuran en la experiencia de formar parte de estas redes. Estar en ellas significa tranquilidad, acompañamiento, pertenencia y la certeza de no enfrentar las dificultades en soledad. En este marco, el cuidado comunitario no solo sostiene la vida, sino que produce formas de habitar lo cotidiano en condiciones más acompañadas, donde el valor de lo común radica precisamente en la posibilidad de entretener con otras y construir un “nosotras” que da sentido a la experiencia del cuidado. Esta forma de habitar permite reconocer que no se trata de intercambios inmediatos ni equivalentes, sino de una ética situada donde la reciprocidad se despliega en el tiempo y se sostiene en la confianza construida en la relación. En diálogo con ello, Martín Palomo (2009) señala que los cuidados articulan dimensiones materiales, emocionales y morales que no solo responden a necesidades, sino que producen marcos de sentido desde los cuales se define quién cuida, cómo y por qué. Lo que se observa en estas experiencias es precisamente esa articulación: el cuidado no se limita a resolver, sino que configura formas de vínculo que sostienen tanto la vida como el sentido de estar con/para otras.

Al mismo tiempo, estos entramados no son homogéneos. Se construyen en medio de condiciones desiguales que atraviesan la vida diaria de las mujeres en el sur. En este sentido, el cuidado debe entenderse como una práctica relacional e inestable, atravesada por múltiples afectos y condiciones cambiantes (Cook, 2020); así, lejos de debilitarlo, esta inestabilidad revela su potencia: es precisamente en su capacidad de adaptarse, de moverse y de sostener en contextos adversos donde el cuidado comunitario adquiere su fuerza, permitiendo que la vida continúe no desde la autosuficiencia, sino desde la interdependencia construida en lo común.

6. Para seguir pensando el cuidado desde lo común

Los hallazgos de este trabajo permiten desplazar de manera significativa las coordenadas desde las cuales se ha pensado el cuidado, al evidenciar que, en contextos como San José Tecoh, este no se organiza primordialmente como respuesta a déficits institucionales o familiares, sino como una forma de estructuración de la vida social anclada en lo común. En este sentido, el cuidado comunitario no puede ser leído como un recurso residual ni como un arreglo contingente frente a la precariedad, sino como un principio que articula prácticas, vínculos y sentidos desde lógicas relacionales propias. Este desplazamiento resulta particularmente relevante para tensionar las lecturas que han interpretado el cuidado a partir de oposiciones analíticas rígidas: formal/informal, público/privado, familiar/comunitario que, lejos de esclarecer, tienden a fragmentar procesos que en la experiencia se presentan profundamente entrelazados. Lo que se observa no es la coexistencia de esferas diferenciadas, sino la configuración de un entramado dinámico donde las fronteras se vuelven porosas y donde el cuidado circula, se desplaza, se mueve y se reconfigura constantemente en la interacción cotidiana. Así, más que ubicarse en un “entre”, el cuidado comunitario desborda estas categorías, evidenciando la necesidad de marcos analíticos que den cuenta de su carácter procesual, situado y relacional.

En este marco, la noción de transferencias adquiere un espesor particular que excede su comprensión como intercambios discretos o tipologías analíticas separables. Tal como se muestra en el análisis, estas transferencias operan como flujos continuos en los que lo material, emocional, instrumental y cognitivo se encuentran imbricados en acciones que no pueden fragmentarse sin perder su sentido. Este carácter integrado no solo cuestiona aproximaciones que buscan aislar dimensiones del cuidado para su medición o clasificación, sino que también pone en evidencia que su eficacia social radica precisamente en esa capacidad de condensar múltiples formas de sostén en un mismo gesto. A su vez, la temporalidad en la que se inscriben estas prácticas permite problematizar las nociones convencionales de reciprocidad. Lejos de responder a esquemas de equivalencia o simultaneidad, el cuidado comunitario se organiza en torno a una lógica de continuidad relacional, donde la devolución no se espera en términos inmediatos ni proporcionales, sino que se inscribe en una trama extendida de disponibilidad mutua. Esta característica no solo reconfigura la comprensión del intercambio, también sitúa la confianza y el

reconocimiento como condiciones fundamentales para la sostenibilidad de estos entramados.

Otro de los aportes centrales de este trabajo radica en la posibilidad de complejizar las nociones de dependencia y agencia en el campo del cuidado. La participación de mujeres mayores en estas redes no solo desestabiliza imaginarios que las ubican exclusivamente como receptoras, permite, además, reconocerlas como actoras clave en la organización comunitaria. Este hallazgo resulta particularmente significativo en contextos donde las trayectorias de cuidado se extienden en el tiempo y se intensifican en la vejez, mostrando que las posiciones dentro del entramado no son fijas, sino móviles y relacionales. De este modo, el cuidado comunitario se presenta como un espacio donde se reconfiguran las jerarquías y se disputan los sentidos asociados a la edad, la autonomía y la responsabilidad. Asimismo, el análisis permite avanzar en la comprensión del cuidado como generador de vínculos que desbordan la consanguinidad. En lugar de asumir el parentesco como una estructura previa sobre la cual se inscriben las prácticas de cuidado, los hallazgos muestran que es la reiteración de estas prácticas la que produce formas de pertenencia que se nombran y se reconocen como familiares. Este desplazamiento no es menor: implica reconocer que el cuidado no solo circula en redes sociales preexistentes, sino que tiene la capacidad de instituir las, ampliarlas y dotarlas de sentido. En este proceso, el parentesco deja de ser un dato para convertirse en una construcción relacional sostenida en el hacer cotidiano.

En términos más amplios, estos resultados invitan a repensar el lugar de lo comunitario dentro de los debates sobre organización social del cuidado. Lejos de constituir un nivel intermedio entre el Estado, el mercado y la familia, lo comunitario aparece aquí como un espacio desde donde se configuran formas concretas de sostener la vida que no pueden ser subsumidas ni plenamente explicadas por estas categorías. Esto no implica negar las condiciones estructurales que atraviesan estas experiencias, sino, por el contrario, reconocer que es precisamente en contextos de desigualdad donde estas prácticas adquieren una densidad particular, al tiempo que evidencian los límites de los arreglos institucionales existentes. No obstante, situar la potencia del cuidado comunitario exige evitar su romantización. Estos entramados se sostienen en condiciones marcadas por la precariedad, la sobrecarga relacional y la ausencia de garantías estructurales, lo que plantea interrogantes fundamentales sobre su sostenibilidad en el tiempo. En este sentido, más que ser idealizados como soluciones autosuficientes, deben ser comprendidos como prácticas que, si bien permiten sostener la vida, también revelan las tensiones y desigualdades que las hacen necesarias.

Desde esta perspectiva, uno de los desafíos centrales consiste en pensar las formas en que estos entramados pueden ser reconocidos y fortalecidos sin desarticular las lógicas que los tejen. Esto implica cuestionar enfoques que buscan formalizar o instrumentalizar lo comunitario sin atender a su carácter relacional y

situado, y avanzar hacia marcos de política pública que partan del reconocimiento de estas prácticas como formas legítimas de organización social del cuidado.

Este trabajo abre una serie de líneas de investigación que resultan clave para profundizar en la comprensión del cuidado comunitario. Entre ellas, el análisis de las tensiones internas que atraviesan estos entramados, las desigualdades que se reproducen en su interior, así como las posibles articulaciones (no subordinadas) con otros actores sociales. Invita a seguir explorando las dimensiones afectivas, morales y políticas del cuidado, no solo como prácticas que sostienen la vida, sino como espacios desde donde se configuran otras formas de habitar lo social.

Lo que se observa en San José Tecoh no es únicamente una red de apoyo, es una forma social de articulación donde el cuidado se constituye como práctica colectiva, principio relacional y horizonte de sentido. Pensar el cuidado desde lo comunitario, en este contexto, no solo permite comprender cómo se sostiene la vida en condiciones adversas, sino también visibilizar las posibilidades (y los límites) de construir lo común como base de la reproducción social.

7. Referencias

- Allen, K. R., Blieszner, R., & Roberto, K. A. (2011). Perspectives on extended family and fictive kin in the later years: Strategies and meanings of kin reinterpretation. *Journal of Family Issues*, 32(9), 1156–1177. <https://doi.org/10.1177/0192513X11404335>.
- Arriagada, I. (2011). *La organización social de los cuidados y vulneración de derechos en Chile*. ONU Mujeres- Centro de Estudios de la Mujer.
- Bango, J. (2020). *Cuidados en América Latina y el Caribe en tiempos de COVID-19. Hacia sistemas integrales para fortalecer la respuesta y la recuperación*. ONU Mujeres-CEPAL. <https://www.cepal.org/es/publicaciones/45916-cuidados-america-latina-caribe-tiempos-covid-19-sistemas-integrales-fortalecer>.
- Batthyány, K. (2001). El trabajo de cuidado y las responsabilidades familiares en Uruguay: proyección de demandas. En R. Aguirre y K. Batthyány (Comp.), *Trabajo, género y ciudadanía en los países del Cono Sur* (pp. 223-242). Organización Internacional del Trabajo.
- Blázquez Graf, N., Flores Palacios, F., & Ríos Everardo, M. (Coords.). (2010). *Investigación feminista: Epistemología, metodología y representaciones sociales*. Universidad Nacional Autónoma de México. https://www.puees.unam.mx/cursos2021/materiales/Sesion7/Blazquez2012_InvestigacionFeminista.pdf.

DOI: <https://doi.org/10.32776/pnsmmh65>

- Castillo León, M. T., Guzmán Medina, V., & Lugo Pérez, J. A. (Eds.). (2016). *El sur profundo de Mérida: Diagnóstico social y económico de dos colonias*. Universidad Autónoma de Yucatán.
- Comas-d'Argemir, D. (2017). El don y la reciprocidad tienen género: las bases morales de los cuidados. *Quaderns-E*, 22(2), 17-32. https://www.antropologia.cat/estatic/files/2_ComasdArgemir.pdf.
- Cook, J. and Trundle, C. (2020), Unsettled Care: Temporality, Subjectivity, and the Uneasy Ethics of Care. *Anthropology and Humanism*, 45, 178-183. <https://doi.org/10.1111/anh.12308>.
- Dabas, E. N., & Najmanovich, D. (1995). *Redes: El lenguaje de los vínculos*. Paidós.
- Daly, M., & Lewis, J. (2000). The concept of social care and the analysis of contemporary welfare states. *The British journal of sociology*, 51(2), 281-298. <https://doi.org/10.1111/j.1468-4446.2000.00281.x>.
- Díaz Pedroza, A. D. (2025). Trayectos invisibilizados: Cuidadoras mayores y la movilidad cotidiana en el sostenimiento de la vida. *Revista Eseconomía*, 20(65), 95-106. <https://revistaeseconomia.mx/index.php/ESE/article/view/89>.
- Esteban, M. L. (2004). *Antropología del cuerpo: Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. Bellaterra.
- Garay Villegas, S., Montes de Oca, V. y Arroyo, M. C. (2020). Redes de apoyo en los hogares con personas adultas mayores en México. *Revista Latinoamericana de Población*, 13(26), 70-88. <https://doi.org/10.31406/relap2020.v14.i1.n26.4>.
- García Dauder, D. y Ruíz Trejo, M. G. (2021). Un viaje por las emociones en procesos de investigación feminista. *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, (50), 21-41. Recuperado de <https://doi.org/10.5944/empiria.50.2021.30370>.
- García Gil, G., Oliva Peña, Y. y Ortiz Pech, R. (2011). Distribución espacial de la marginación urbana en la ciudad de Mérida, Yucatán, México. *Investigaciones Geográficas, Boletín del Instituto de Geografía*, (77), 89-106.
- Gregorio Gil, C. (2006). Contribuciones feministas a problemas epistemológicos de la disciplina antropológica: representación y relaciones de poder. *AIJR. Revista de Antropología Iberoamericana*, 1(1), 22-39. <https://www.redalyc.org/pdf/623/62310104.pdf>.
- Guzmán, J. M., Huenchuan, S., y Montes de Oca Zavala, V. (2003). *Redes de apoyo social de las personas mayores: Marco conceptual*. Comisión Económica para América Latina y el Caribe

(CEPAL). <https://repositorio.cepal.org/entities/publication/d77edfec-51d8-4981-bf4e-9449cab3219b>.

- Haraway, D. (1988). Situated knowledges: The science question in feminism and the privilege of partial perspective. *Feminist Studies*, 14(3), 575–599. <https://doi.org/10.2307/3178066>.
- Howell, S. (2003). Kinning: The Creation of Life Trajectories in Transnational Adoptive Families. *The Journal of the Royal Anthropological Institute*, 9(3), 465–484. <http://www.jstor.org/stable/3134598>.
- Kahn, R. L., & Antonucci, T. C. (1980). Convoys over the life course: Attachment, roles, and social support. En P. B. Baltes & O. G. Brim (Eds.), *Life-span development and behavior* (Vol. 3, pp. 253–286). Academic Press.
- Martín Palomo M. T. (2009). Domesticar el trabajo: una reflexión a partir de los cuidados. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 26(2), 13–44. <https://revistas.ucm.es/index.php/CRLA/article/view/CRLA0808220013A>.
- Martínez-Buján, R., & Vega, C. (2021). El ámbito comunitario en la organización social del cuidado. *Revista Española de Sociología*, 30(2), a25. <https://doi.org/10.22325/fes/res.2021.25>.
- Mauss, M. (1979). *Ensayo sobre el don: Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Katz. https://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/libros/Marcel%20Mauss%20-%20Ensayo%20sobre%20el%20Don.pdf.
- Nelson, M. K. (2013). Fictive kin, families we choose, and voluntary kin: What does the discourse tell us? *Journal of Family Theory & Review*, 5(4), 259–281. <https://doi.org/10.1111/jftr.12019>.
- Organización Internacional del Trabajo. (2018). *Care work and care Jobs for the future of decent work*. Organización Internacional del Trabajo. https://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---dgreports/---dcomm/---publ/documents/publication/wcms_633135.pdf.
- Paperman, P. (2019). *Cuidado y sentimientos*. Fundación Medifé Edita. <https://www.fundacionmedife.com.ar/sites/default/files/Edita/Cuidado-y-Sentimientos.pdf>.
- Pérez Orozco, A. (2006). Amenaza tormenta: la crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico. *Revista de Economía Crítica*, (5), 7–37.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), ONU Mujeres, y Organización Internacional del Trabajo (OIT). (2022). *Los cuidados comunitarios en América*

DOI: <https://doi.org/10.32776/pnsmmh65>

Latina y el Caribe: Una aproximación a los cuidados en los territorios.
https://lac.unwomen.org/sites/default/files/2022-11/Cuidados Comunitarios_09112022.pdf.

Putnam, R. D. (1993). *Making Democracy Work: Civic Tradition and Modern Italy*. Princeton University Press.

Razavi, S. (2007). *The political and social economy of care in a development context: Conceptual issues, research questions and policy options*. United Nations Research Institute for Social Development.
<https://cdn.unrisd.org/assets/library/papers/pdf-files/razavi-paper.pdf>.

Red de Cuidados en México y OXFAM México (2021). *Diccionario de los cuidados: Un enfoque universal e incluyente*.
<https://oxfamMexico.org/wpcontent/uploads/2022/06/DICCIONARIO-DE-CUIDADOS OXFAM 20junio.pdf>.

Robles-Silva, L. (2023). Repensando el cuidado y la comunidad. Reflexiones para ampliar el conocimiento. En D.T. Martínez Ruiz, V. Montes de Oca y S. Lorenzano Schiffrin (Coords.), *Género, violencia, tareas de cuidado y respuestas sociales a la crisis* (pp. 151-170). Universidad Nacional Autónoma de México.
<https://doi.org/10.22201/ch.9786073074629e.2023.c5>.

Secretaría de Desarrollo Agrario, Territorial y Urbano-Mujeres en el territorio (2021). *Mujeres, cuidados y territorio. Contribuir desde el enfoque territorial a una política de cuidados*.
<https://www.gob.mx/sedatu/documentos/mujeres-cuidados-y-territorio-contribuciones-desde-el-enfoque-territorial-a-una-politica-de-cuidados?state=published>.

Tronto, J.C. (2010). Creating Caring Institutions: Politics, Plurality, and Purpose. *Ethics and Social Welfare*, 4(2), 158-171.
<https://doi.org/10.1080/17496535.2010.484259>.

Vega, C., Martínez-Buján, R., y Paredes, M. (Eds.). (2018). *Cuidado, comunidad y común: Experiencias cooperativas en el sostenimiento de la vida*. Traficantes de Sueños.
https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/TDS-UTIL_cuidados_reducida_web.pdf.

Vinolo, S. V. (2015). Epistemología de la reciprocidad. Lo que no pueden mostrar las relaciones sociales. *Analecta Política*, 5(8), 97-115. <https://revistas.upb.edu.co/index.php/analecta/article/view/2485>.

Vivaldo-Martínez, M., & Martínez Maldonado, M. de la L. (2023). Las formas invisibles del cuidado comunitario y sus aportes a la reorganización social del cuidado. En D. T. Martínez Ruiz, V. Montes de Oca Zavala, & S. Lorenzano Schiffrin (Coords.), *Género, violencia, tareas de cuidado y respuestas sociales a la*

crisis (pp. 171–194). Universidad Nacional Autónoma de México.
<https://doi.org/10.22201/ch.9786073074629e.2023.c5>.

Wacquant, L. (2001). *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Manantial.

Recibido: 4 de mayo 2026/
Aceptado: 19 de mayo 2026

<https://revistatohil.uady.mx/tohil/index>

DOI: <https://doi.org/10.32776/pnsmmh65>